

Santiago, 10 de junio, 1998

** Extracto de una ponencia efectuada en la Cepal y publicada por Flacso*

¿UNA MASCULINIDAD HOMOSEXUAL?

¿Qué es la masculinidad homosexual?, ¿Cómo se manifiesta?, ¿Ha sido fácil para los homosexuales generar estructuras y relaciones sociales propias que nos permitan el armonioso desarrollo de nuestra masculinidad?, ¿La masculinidad homosexual es diferente a la heterosexual?

Estas son algunas de las preguntas que me formulé cuando FLACSO me invitó a exponer ante ustedes.

Dar respuestas a estas interrogantes no es fácil, pues cualquier análisis tiende a la generalización y, por tanto, los discursos lejos de dar cuenta de la realidad, la sesgan.

Sin embargo, en mi calidad de hombre homosexual me atrevo a dar algunas aproximaciones de lo que significa para los gays nuestra masculinidad.

De las siguientes palabras marginé todas aquellas apreciaciones originadas sólo de mi experiencia e incluí lo que es común a muchos, por no decir a todos, los homosexuales. Espero con ello, dar una interpretación más acertada, aunque no debemos olvidar que ningún análisis, por más que se pretenda, es neutro.

Los gays hemos sido discriminados desde antes que el vocablo homosexual irrumpiera en las ciencias y en la literatura.

Con el desarrollo y expansión del catolicismo, los hombres homosexuales dejamos de ser respetados como lo fuimos en la Antigüedad.

El Catolicismo a partir del año 342 condenaba con la pena de muerte a aquellas personas que mantenían relaciones homosexuales. Esta afirmación se demuestra fácilmente con las persecuciones inquisitoriales que castigaron a la humanidad desde 1448 a 1778 aproximadamente.

Los reyes católicos nos sancionaron con la hoguera y la confiscación de bienes.

Esta actitud condenatoria contra actos concebidos como antinaturales es transmitida por las expediciones misioneras que llegan al nuevo mundo durante la Conquista.

Se instaura así la lógica de una religión dualista que concibe al bien y al mal en constante pugna. La idea es acabar con todo aquello que perturbe los postulados del cristianismo, cristalizándose la visión del sacrificio y la conversión por el bien de la sociedad.

En los últimos tiempos la jerarquía católica ha reconocido muchos de sus errores, pero respecto a la homosexualidad los avances sobre los derechos de las personas gays son paradójicos.

Lo que resalta es un afán por comprender y discriminar al mismo tiempo.

Hoy la Iglesia Católica asevera que no castiga a los gays, siempre y cuando no tengan relaciones sexuales con personas de su mismo sexo.

En otras palabras, se indica que la naturalidad de un hombre homosexual es anti-natura, contraria a la moral y lo normal por lo cual los mitos respecto a los gays tienen una explicación religiosa que es asumida sin grandes cuestionamientos por las sociedades.

Las ideas católicas, como todas las dominantes, poseen una auto-imagen de superioridad que es asumida por las élites y los Estados criollos. Dicha superioridad, históricamente se ha definido por la negación del otro.

Negar, para efectos de este análisis, implica concebirse diferente al resto de las personas que son desvalorizadas y situadas del lado del pecado, del error, de la ignorancia y de la degeneración del orden establecido.

Las diversas ciencias, por su parte, que se suponen venían a poner fin a los mitos sobre la realidad, en el caso de los homosexuales los han acentuado.

El conocimiento científico ha centrado su interés en los orígenes y causas de la homosexualidad, dando paso al clásico dilema que cuestiona si los gays nacen o se hacen.

En el ámbito de la psicología latinoamericana impera aún la visión de Freud.

La hipótesis de la madre dominante y el padre ausente como causas de la homosexualidad llevan a concebir por los estudiosos a los gays como enfermos, pues se cree que el proceso de maduración sexual del individuo fue castrado.

De igual forma, la biología no lo ha hecho mejor. Buscando las causas de la homosexualidad en las hormonas, los genes y el cerebro no sólo ha sometido a los gays a criminales experimentos, sino que también ha desviado el tema de sus aspectos sociales y culturales. En otras palabras, se da por sentado que los problemas que sufrimos los homosexuales producto de la discriminación y la intolerancia son intrascendentes si los comparamos con la hiperrelevancia que se da a lo biológico.

Los Estados, por su lado, no han hecho menos. Ahí tenemos al Chileno que a través del artículo 365 del Código Penal sanciona la sodomía entre adultos aunque sea de mutuo consentimiento.

Es así como nuestra forma de vida se encuentra deslegitimada a priori.

En el ámbito político muchas personas combaten que el concepto de ciudadanía se restrinja a los procesos electorales e inhiba que las personas se expresen y participen en las tomas de decisiones que afectan su vida cotidiana. Sin embargo, en el caso de los derechos de los homosexuales estas mismas personas aprueban que el Estado mantenga la penalización de la sodomía. Ello hace particularmente más difícil la lucha contra el discurso oficial pues lo dominante se encuentra luchando activamente contra lo que considera un peligro.

Vemos, entonces, que el pensamiento institucionalizado se vale de dos procesos para la deslegitimación, negación y consecuente exclusión de las minorías.

El primero es una explicación irracional y emotiva del discurso del otro que persigue la descalificación. Así se dirá que los homosexuales organizados hablamos porque estamos frustrados, amargados o envidiosos por no ser heterosexuales.

Paralelo a esta explicación irracional, se desarrolla la denegación que se define como la oposición a conceder la más mínima veracidad a un hecho o a una aseveración expresada por la minoría. Así se des-valoriza y bloquea nuestra posible influencia social y política.

Apreciamos, entonces, que los homosexuales somos conceptualizados míticamente desde los más diversos ámbitos: Religión, Ciencias, Estado y Política.

Todo esto lleva a la conformación de una cultura homofóbica que ejerce una influencia negativa en las diversas relaciones homosexuales.

Si somos vistos como pecadores por la Iglesia Católica, como enfermos por las ciencias, como delincuentes por el Estado y como ciudadanos de segunda categoría por la política, resulta evidente que las ideas sobre la homosexualidad se estructuran sobre la base de diversos mitos.

Uno de ellos es la supuesta anti-naturalidad de la orientación gay.

Al ser concebidos como contrarios a la naturaleza, los discursos intentan dar sus explicaciones respecto de las relaciones sexuales entre dos hombres.

Como lo aceptado es que sólo se relacionen eróticamente un hombre con una mujer, se traslada esta concepción para explicar cualquier contacto sexual. De ahí que se perciba que los homosexuales debemos ser afeminados o pretender ser mujeres, pues se sostiene que el único sexo facultado naturalmente para relacionarse con un hombre es el femenino.

Al hablar de relaciones homosexuales, no me refiero sólo a las contactos amoroso-eróticos.

Lo que quiero destacar es que los homosexuales generamos diversas estructuras sociales que dependen del lugar de donde nacimos, de nuestros intereses, de nuestra educación, clase social y niveles de conciencia política

Así podemos ver, por ejemplo en Estados Unidos, barrios homosexuales que poseen una economía y una forma propia y particular de relacionarse.

Sin embargo, generalmente estas “formas propias de relacionarse” no han sido originadas por sí solas, sino que han trasladado a su seno lo que el pensamiento institucionalizado cree que significa ser homosexual.

Las excepciones a esta regla, desde mi punto de vista, generarían una propuesta distinta de sociedad que se estructura sobre conceptos nuevos de política, familia, relación de pareja y, por supuesto, de masculinidad.

El análisis sobre las estructuras sociales gays involucra muchos factores que generan, finalmente, diversas culturas homosexuales.

Cultura es todo lo creado por hombres y mujeres, sin embargo, para efectos de esta exposición me limitaré a la masculinidad homosexual imperante y a la nueva masculinidad que algunos homosexuales hemos asumido gracias, entre otras cosas, a un mayor nivel de educación y conocimiento de nuestra orientación sexual.

Al respecto debo aclarar que no me referiré al travestismo, pues esta forma de homosexualidad tiene diversas explicaciones y significaciones.

En otras palabras, la influencia de la cultura dominante hacia el travestismo tiene consecuencias diferentes a las que origina en los homosexuales no travestis y, por tanto, el tipo de relaciones estructurales que generan los travestis es distinta a la creada por el resto de los homosexuales. Por lo demás no me siento capacitado para explicar un tipo de realidad tan poco investigada tanto a nivel nacional como internacional.

Uno de los mitos que es asumido con fuerza es que los homosexuales debiéramos ser afeminados y que debemos copiar los roles que el patriarcado ha asignado a las mujeres.

Las consecuencias de asumir estos pensamientos, dañan profundamente las relaciones entre los homosexuales porque se traslada mecánicamente la desigualdad de la relación de pareja heterosexual.

De ahí, que todos los gays en los inicios de nuestra identidad sexual asumamos las concepciones dominantes de la Iglesia, el Estado, las ciencias, y la política.

En este contexto se produce un proceso de naturalización y de familiarización con el pensamiento institucional que “obliga” a los homosexuales a auto-concebirse como seres humanos inferiores o enfermos. Es decir, lo que es normal para lo hegemónico, pasa a ser lo natural para esta minoría

Se produce, entonces, una auto-negación que muchas veces genera un quiebre entre nuestras emociones y conocimientos.

Así, es como vemos que muchos gays saben que la penalización de la sodomía sanciona su orientación sexual, pero esto no es asumido como una transgresión de su integridad y sus derechos humanos sociales y políticos

Lo mismo ocurre con la idea que supone que un homosexual se identifica y se relaciona a partir de los mismos códigos y formas que lo hacen las mujeres. De esto se desprende que muchos homosexuales no generan una nueva masculinidad sino que una “nueva femeneidad”.

Sin embargo, esta “femeneidad” es impuesta por la cultura dominante, pues los homosexuales son hombres y al asumir los roles de las mujeres están desvirtuando su naturaleza biológica y psicológica.

Los efectos de esto se aprecian en las diversas relaciones entre los gays.

En el ámbito afectivo-sexual, predomina la idea de que existe un sólo tipo de relación amoroso erótica. Es decir, la que ocurre entre un hombre y una mujer. Así, uno de los homosexuales de una determinada pareja, se ve impulsado a actuar como se supone que debe hacerlo una mujer. Uno será pasivo y el otro activo en la relación sexual y estos roles no pueden intercambiarse, pues se produciría un desorden estructural en la relación.

Esta realidad copia a tal extremo la cultura dominante que el pasivo, al igual que la mujer en la sociedad, pasa a tener un menor rango cultural y social que el activo.

Frases como “ese es pasivo” son repetidas con menosprecio constantemente al interior de la comunidad gay. Y es que el pasivo, que pasa a denominarse “la pasiva”, es visto como menos hombre, como más maricón.

El activo, en cambio, es deseado y valorado pues este es visto como el que más se acerca al rol de un “verdadero hombre”. Él no es afeminado, es más, habla fuerte, y asume que el pasivo es de su propiedad.

Vemos, por tanto, que toda la discriminación que padecen las mujeres, es sufrida por quien es pasivo y todos los beneficios de los hombres heterosexuales son propias del activo que, en el caso de parejas que viven juntas, será el macho proveedor.

Lo mismo ocurre con la idea del matrimonio. En diversos países los homosexuales consideran que deben luchar por el derecho a casarse.

El problema es que el matrimonio es un tipo de institución hecha para los heterosexuales. Aunque hoy parece que ni ellos quieren seguir defendiéndola.

Hombres y mujeres se casan por la Iglesia y por el Civil. Como algunos homosexuales quieren reproducir la relación de pareja heterosexual y les falta la mujer, la inventan y uno de los

hombres de la pareja asume su rol femenino en medio de casamientos simbólicos que para muchas persona son contraproducentes y patéticos.

Nace entonces el calificativo de “Loca”. Éste es un homosexual que es femenino a propósito. Al respecto debo señalar que algunas veces se asume esta postura porque se cree que es más contestaria y alternativa.

Sin embargo, “La Loca” no es ni revolucionaria ni original porque reproduce lo que la cultura dominante cree que es un homosexual y porque copia los roles que la sociedad ha constatado como propio de las mujeres.

Lo paradójico es que al mismo tiempo que los homosexuales naturalizamos el discurso oficial, permitimos que la discriminación, deje de basarse en mitos y se apoye en la realidad, pues “la loca”, y el homosexual afeminado existen y son presa fácil de la burla y de la ridiculización.

Sin embargo no debemos olvidar que la supuesta femeneidad homosexual (en hombres no travestis), a pesar de ser real, en la mayoría de los casos es una consecuencia del peso cultural que ha determinado una sola forma de vivir la homosexualidad.

Lo mismo ocurre con los derechos del sexo femenino. Vemos que existen mujeres machistas que asumen lo dominante y no sienten la discriminación, pero ser objeto de la apetencias masculinas no es en ningún caso algo intrínseco al ser mujer sino que ha sido impuesto y, consecuentemente, naturalizado por muchas integrantes del sexo femenino.

En suma, la masculinidad imperante en el mundo homosexual, ya sea en el nivel de la burla o la seriedad, no tiene nada de nuevo. El activo copia al hombre machista y el pasivo a la mujer sometida.

Con todo en los últimos años los homosexuales han ido entendiendo y sintiendo que amar a una persona del mismo sexo no significa que uno de los integrantes de la pareja deba transformarse en una mala copia de mujer.

De todas formas debo destacar que hasta en los homosexuales más conscientes respecto de su orientación aún persiste la idea de “la loca”, pero en un nivel intrascendente. Me refiero al nivel del chiste, de la burla y de la auto-ridiculización, pero con el objetivo de reír y no para vivir la homosexualidad a partir de lo femenino.

La nueva masculinidad que ha ido gestándose es ampliamente alternativa, pues no ha sido una consecuencia del pensamiento institucional sino que ha nacido de las relaciones entre los homosexuales.

Tal asunción de una masculinidad innovadora implica un arduo proceso interno de re-autoconcebirse.

A través de una educación, basada en discursos que explican mejor las realidades y que aíslan los mitos y prejuicios, cada vez más homosexuales hemos ido abandonando las ideas del pecado, la culpa y la enfermedad.

Independizarse del pensamiento institucionalizado implica necesariamente asumirse como personas normales y, por tanto, acordes con la naturaleza humana. Al ocurrir este proceso, que pasa por sentir, conocer y problematizar necesidades que antes estaban ocultas y sesgadas por lo oficial, hoy reconocemos que para que exista amor entre los seres humanos no es necesario que deban ser de sexos opuestos.

Así, nuestra característica de una masculinidad homosexual independiente, es concebir que el amor y la afectividad entre dos hombres es posible. Una caricia, un beso es muestra de que lo masculino no tiene que negar la expresión de su afecto a alguien del mismo sexo.

Esta nueva realidad es altamente revolucionaria, pues no posee puntos de referencias preexistentes ya que la afectividad entre dos hombres no es precisamente una característica de la cultura imperante.

Las nuevas relaciones sexuales-eróticas entre las parejas gays asumen que quienes interactúan son dos hombres y no uno solo. En este contexto, los calificativos de pasivos y activos, tal y cual están concebidos, no son más que conceptos absurdos e irreales.

En todo caso, nuestra masculinidad no implica que la afectividad entre personas del mismo sexo se limite a lo sexual. De ahí la importancia de “nuestra masculinidad”, pues demuestra que las relaciones igualitarias entre los seres humanos es posible, independientemente si ocurre entre hombres o entre un hombre y una mujer.

Estas formas de concebir lo masculino, tienen innumerables consecuencias. Al respecto quiero destacar su influencia en el concepto de familia y de lo estético.

Hasta el momento impera un solo modelo de familia: Esposa, esposo e hijos, aunque con el tiempo algunos hombres y mujeres amantes de la igualdad y la justicia han rescatado la idea de que una familia puede ser un tío y un sobrino, por ejemplo.

Sin embargo, respecto a los homosexuales queremos llegar más lejos, pues aseveramos que dos hombres pueden constituir una familia, ya que pueden amarse y vivir durante largos períodos de tiempo como cualquier otro tipo de institución social.

En el caso de lo estético, los homosexuales aportamos una nueva sensualidad masculina que usa vestimentas, gestos, perfumes o cualquier otra ornamenta para lucir mejor.

Esta moda, que antes estaba restringida al sexo femenino, es utilizada por hombres homosexuales que no temen a las peluquerías ni a innovadoras sastrerías que propugnan colores vivos y llamativos.

La moda menos conservadora, traspasa a lo gay y llega a lo imperante.

Los hombres heterosexuales reciben consejos de diseñadores homosexuales para lucir mejor y los calzoncillos largos son cambiados por prendas tan minúsculas como los biquinis.

De todas formas, la nueva masculinidad homosexual es asumida por una minoría de los gays. Sin embargo, anhelo que en el futuro estas ideas se expandan para hacer de las relaciones sociales entre los gays una realidad más sana, justa, igualitaria, solidaria y democrática. Sólo así, estaremos haciendo nuestro aporte para derribar los muros que separan a todas las minorías discriminadas, las cuales han terminado por ser la gran mayoría.